

“VIVIR SOLO DE FE CON DIOS SOLO” (ITINERARIO DE MADRE MERCEDES)

0.- Introducción

Cuando se me encomendó esta charla, vino a mi memoria una situación muy similar a la que nos congrega esta tarde. Estamos a 5 de julio de 1996 y Madre Mercedes dio una conferencia aquí en este monasterio, con motivo de la conmemoración del 450 aniversario del voto que la ciudad de Alcázar había hecho a María Santísima de la Concepción. Entonces dijo lo siguiente: “Los que estáis aquí, vais a comprender hoy un poco más lo que es una Monja de clausura. Cuando salgáis de aquí habréis escuchado una charla sin haber visto a quien la ha dado. Es lo que sucede con la actividad espiritual de una monja. No se ve. Pero su oración está ahí presente en los hogares y situaciones de la vida de los hombres fecundando secretamente su historia, ayudándoles en sus dificultades”. Es de lo que yo pretendo hablar hoy: de la fecundidad de lo verdaderamente real, aunque invisible, cuando una vida se oculta a los ojos de las personas, pero se abre y se hace transparente para Dios.

Cuando uno se adentra en los escritos de Madre Mercedes se abre un luminoso horizonte. Sobrepasan con mucho las ocho mil páginas. Y al leerlos se hace evidente que de ella hay que hablar desde la perspectiva de la constitución de su espíritu para concluir que su edificación es una conjunción maravillosa, como obra enteramente de Dios que actuó sobre una voluntad personal totalmente decidida a secundarla. En mi opinión, esto es lo que constituye el núcleo de su más propia intimidad, ese lugar recóndito donde tiene lugar el encuentro con el Misterio del Dios Trinitario, origen fontal tanto de su propia configuración como monja como el centro original de su peculiar espiritualidad.

Es sabido que el contexto concreto y primordial de la vida de Madre Mercedes fue el de encontrarse al frente del movimiento de renovación de la Orden concepcionista, algo en lo que se implicó absolutamente. Pero, posiblemente lo que no se conozca es el camino que la condujo en esa dirección. Pienso que esta puede ser mi aportación esta tarde: intentar mostrar cómo la profunda raíz en donde hundió su existencia, la fortaleza que sostuvo el tronco de su vida y las espléndidas ramas en las que floreció fueron un fruto regado con el abundante rocío de la gracia.

Como esquema orientativo, lo voy a presentar en tres momentos. 1) Dios en su origen; 2) Dios en la renovación del carisma; 3) Dios en su vivencia.

1.- Dios en su origen

La santidad es el don que Dios otorga al culminar un proceso vital que se ha vivido buscando una radical fidelidad a su voluntad amorosa. En la fe cristiana se acepta la posibilidad de que Dios, en su providencia, vaya preparando con las aptitudes necesarias a quien está destinado para llevar a cabo una misión especial. Es decir, que cuando Dios encomienda una misión también da la gracia y los medios para llevarla a cabo. Con esto quiero decir que la futura Madre Mercedes de Jesús Egido Izquierdo no nació santa, pero sí que fue respondiendo a lo que Dios le pedía en cada momento, lo cual exige una cierta connaturalidad con Él.

Pues bien, esta connaturalidad comenzó a manifestarse desde su infancia. Gracias al constante trabajo de su madre, Carmen Izquierdo, desde pequeña estuvo en posesión de una sensibilidad especial para lo religioso que la llevaba a interpretar la realidad desde esta perspectiva. Así lo reconoce: “De mi madre aprendí a conocer la existencia de Dios, nos hablaba de él como se habla a los

niños [...] Comencé a creer en Dios conociendo su vida, experimentando su existencia. Su presencia divina, su ternura llenaban mi pequeño ser hasta desbordar”¹. Desde esta sensibilidad no extraña el relato de una experiencia que vivió a los cinco años, en la que le pareció ser ungida por el espíritu de Santa Teresa² y que por los efectos que causó en su alma, ella calificó de muy extraordinaria. En mi opinión, es el primer síntoma del don concedido por Aquél que más tarde la llamaría a ser un valioso instrumento suyo.

Pero a continuación he de decir que, excepto en este rasgo, la vida de Madre Mercedes durante su infancia no fue muy diferente a la de las demás niñas. A los 7 años, sus padres la internaron junto a sus otras dos hermanas mayores, en el colegio de las Hijas de san Vicente de Paúl, de Salamanca, el 2 de febrero de 1943. Y vuelve a aparecer un segundo síntoma de la presencia amorosa de Dios en su vida al acogerse a la maternidad de María Inmaculada. Es ella misma quien así lo reconoce, pues la estancia en este colegio “lo considero como una deuda más con Dios, [...]. La educación tan cristiana, la frecuencia de Sacramentos, el fervor de las Hermanas que se respiraba, sobre todo en la Capilla, junto con sus ejemplos, hicieron crecer la suavidad del espíritu de Dios en mi corazón, haciéndome cada día más sensible a la vida interior que me regocijaba”³.

A los 11 años se trasladó con su familia a Madrid, buscando el trabajo que escaseaba en Salamanca. Es la edad difícil de la adolescencia y comenzó a enfriarse en la vida espiritual, hasta que unas misiones populares, predicadas por los Padres Redentoristas, le hicieron volver a la práctica de los ejercicios de piedad y al cuidado de la vida del espíritu. Pero Dios la quería para sí y no cesaba de insinuarse: “un día, después de comulgar, me comunicó [Dios] tan sensiblemente su amor que me dejó enamorada de él y con tantas ansias de transformación en él y de purificación interna que, además de la confesión sacramental que recibía con frecuencia, me entregué de lleno a la penitencia”. Y ella, ante la **experiencia** de este amor tan sensiblemente comunicado, responde como una adolescente enamorada, haciendo promesa de virginidad⁴ y de dejar su vida en las misiones, curando leprosos, ¡a los catorce años!

A esa edad Madre Mercedes era muy impulsiva y atravesó su adolescencia y primera juventud con los vaivenes propios de esta edad psicológica, sin olvidarse de Dios, pero coqueteando también con el mundo. Hasta que su madre le planteó la posibilidad del estado religioso para su vida. Ella, en principio, se orientó por la modalidad de vida activa y por eso llamó a las puertas de las Claretianas y de las Hijas de san Vicente de Paul. Pero acabó ingresando en el monasterio Concepcionista de la Puebla de Montalbán, (Toledo). La razón nos la da ella misma: “Pensé en la Clausura y me gustó mucho el misterio que encierra. Me atraía fuertemente esa vida escondida a los aplausos y satisfacciones del mundo, inmolada totalmente, sin ninguna recompensa en esta vida que estimulase a la naturaleza humana, donde solo se vive de fe con Dios solo. La vi grande, muy grande para mi pequeñez, pero muy capaz para cumplir mis deseos de salvar almas. Y decidí ingresar en ella”⁵. Esa fue su decisión básica: “vivir solo de fe con Dios solo”. Este es, en el fondo, el oculto secreto de Madre Mercedes. Desde el respeto más escrupuloso a su libertad, las insinuaciones de Dios ya han encontrado acogida en su espíritu y se materializan en fechas muy concretas: el 25 de octubre de 1953 se le abrieron las puertas del monasterio; fue admitida al Noviciado el 28 de febrero de 1954; tomó el hábito el 27 de abril del mismo año; hizo su profesión simple el 12 de mayo de 1955 y su profesión solemne el 16 de mayo de 1958.

¹ *Autobiografía*, 2

² Cf. *Escrito a sor Ana María Fuertes*, págs. 6-7.

³ *Ibid.*, 12-13.

⁴ *Ibid.*, 20.

⁵ *Ibid.*, 26.

Desde los inicios de su vida monástica comprendió que “vivir solo de fe con Dios solo” es introducirse en el ámbito de la santidad: “Sabía que la santidad es tu atmósfera, y en ella me tenía que desenvolver para mantener mi fidelidad contigo hasta la transformación en ti, Rey mío. Y me habías enseñado que esto no se conseguía sin una fidelidad exquisita a tus gracias, sin una pureza de corazón total, sin un desapego absoluto de todo vicio e imperfección. Por ello, cuando las cometía, aunque fuese involuntariamente, me purificaba con la confesión. Y no era el escrúpulo el que me movía, no; era el deseo ardiente de purificación que Jesús había metido en mi alma”⁶. Esta decisión fomentó en ella una exquisita finura espiritual que la acompañará durante toda su vida. Pero también, y sobre todo, la idea de ser solo de Dios y para Dios, para lo cual tenía que vaciarse de sí misma. Esta es la experiencia que ella tradujo en la actitud del anonadamiento: “El anonadamiento de Cristo llenaba mi alma, la arrebatava hacia su vivencia. Era lo único que daba sentido a mi vida de postulante y por donde podía parecerme a él. Tan fuerte era el deseo de vivirle en su anonadamiento, cuanto lo era el de ser toda suya”⁷.

“Vivir solo de fe con Dios solo”. Esta decisión se veía reforzada por los efectos que la gracia de Dios iba produciendo en ella. Para comprenderlos, no sólo con el corazón sino también con su inteligencia, a los 21 años se inició en la lectura de san Juan de la Cruz y una selección en castellano de textos de la Biblia, despertándose su gusto por la Palabra de Dios, especialmente por los escritos de san Pablo. Entramos en los años decisivos de la constitución de su espíritu. En ellos hay como dos etapas: la primera va desde 1955 a 1964. Son los años de su estancia en el monasterio de Puebla de Montalbán. Es una etapa de maduración personal y religiosa en la que la gracia la va disponiendo a recibir nuevos dones, hasta obtener un trato más íntimo con Dios que alcanzará cotas de gran altura mística y espiritual. La segunda, desde 1964 a 1969, coincide con sus primeros años en Alcázar de san Juan. En ella se asiste a la eclosión de una riquísima vida espiritual jalonada por una sucesión de experiencias que la van zambullendo progresivamente en el abismo del misterio de la divinidad y que no cesará de ir creciendo a lo largo de toda su vida, dando así cumplimiento a su decisión de ofrecerse a Dios, en Jesucristo en un “amor total”.

La gracia de Dios es acogida por Madre Mercedes hasta configurar su espíritu con un “conocimiento experimental de Dios”⁸, indeleble ya durante toda su existencia. Ha **experimentado** el amor de Dios Padre, como Creador, Amor y Vida: “Cuando miré al Padre él me amó con mucha Fuerza y agrado, y en el mismo momento de amarme, la Fuerza de su mismo amor me lanzó a mí a amarle a él, y, al amarle, sentí que me amaba yo a mí misma, pues que al amarle a él, amaba el Principio de mi mismo ser”⁹. Ha **experimentado** a Jesucristo en su “triple espíritu de obediencia, abnegación y amor a la Cruz”. Ha **experimentado** la acción santificadora del Espíritu Santo al recomponer en ella la imagen original, rota por el pecado. Es decir, se ha experimentado a sí misma como entera obra de Dios. ¿Qué otra cosa es la Virgen Inmaculada?, ¿no contempla el carisma concepcionista en María Inmaculada la santidad original con que fue pensado el hombre? Lo que ella ha experimentado ¿no será también el plan de Dios para todas sus criaturas?

Cierro aquí el primer momento de esta conferencia en el que brevemente hemos asistido a la fundamentación interior de Madre Mercedes. Cuando su decisión de “vivir solo de fe con Dios solo” le ha llevado a comprenderse a ella misma como enteramente obra de Dios. Es importante, sin embargo, advertir que este período de su vida lo considerará Madre Mercedes como la preparación para el desarrollo de una misión. Si, además, vinculamos este período con la nostalgia creciente de

⁶ *Ibid.*, 37.

⁷ *Ibid.*, 40.

⁸ Cf. *Ibid.*, 107-127.

⁹ *Ibid.*, 107-108.

una espiritualidad propia de la Orden concepcionista, podremos comprender mejor cuanto voy a decir en el segundo momento.

2.- Dios en la renovación del carisma

Madre Mercedes había sentido desde su ingreso en la Orden concepcionista que la espiritualidad que vivía era algo híbrido para una concepcionista, muy dependiente de la espiritualidad franciscana: “echaba de menos la espiritualidad propia de la Orden y, a veces, sentía mucha envidia de las familias religiosas que disfrutaban y bebían el espíritu mismo de sus Fundadores”¹⁰. No era sólo una percepción suya. La idea de que lo que subsistía como Orden concepcionista era, en el fondo, franciscano, pertenecía al acervo de todas las monjas, pues en ese convencimiento habían hecho su profesión y hasta su propia nomenclatura así lo expresaba: Concepcionistas Franciscanas¹¹.

Pero ella había tenido una peculiar experiencia de Dios ¿porqué a ella, a una monja concepcionista, le había sido dada esa experiencia?, ¿porqué esa experiencia le hizo remitirse a María Inmaculada como obra enteramente de Dios?, ¿porqué la nostalgia de una espiritualidad propia de la Orden? La respuesta a estas preguntas se obtendrán en un largo proceso de reflexión personal, de oración y de guía y asesoramiento de su director espiritual, de otros sacerdotes, y hasta de obispos y cardenales. De ellos se irá sirviendo Dios para ayudarle a adquirir la plena consciencia acerca de cuál era el sentido de las respuestas a sus preguntas. De ellos y de las circunstancias. Por aquellos años, el concilio Vaticano II hizo a todos los religiosos, en el decreto *Perfectae Caritatis*, una invitación a que iniciasen su renovación según el genuino carisma de sus Fundadores. Era evidente, pues, que las concepcionistas tenían que remitirse a su carisma originario, al transmitido por santa Beatriz de Silva. Pero ¿cómo encontrarlo tras cinco siglos de vinculación con el franciscano? Por su experiencia personal, ella intuía que “sería el amor a María Inmaculada la raíz fundamental que mantendría con vigor la espiritualidad concepcionista”¹².

Y comenzó entonces un largo período de treinta años en el que Dios fue haciendo que confluyeran de tal modo el carisma originario de santa Beatriz de Silva y el proceso espiritual de Madre Mercedes, que con toda verdad puede decirse que fue ella misma un carisma, es decir, un don de Dios a su Iglesia a través de la Orden concepcionista. Lo que acabo de decir no es una aventurada opinión personal: de la abundante documentación que se posee sobre este proceso, destaca su clara conciencia de ser sólo un instrumento de Dios, elegida para llevar a cabo esa tarea.

Durante ese largo proceso, Madre Mercedes experimentó abundantemente las consecuencias del compromiso asumido de “vivir solo de fe con Dios solo”. La fe no es luz cegadora, sino que muchas veces es claroscuro y penumbra; como tampoco es certeza absoluta, sino abandono confiado a pesar de las evidencias en su contra. Y en ese proceso, el “estar con Dios solo” revistió, a veces, el doloroso carácter de la soledad más absoluta, de la incomprensión, del vaciamiento total, incluso de eso que se llama la acedia espiritual. No fue un camino de rosas. Cuando solicitó al cardenal Pironio, el 6 de febrero de 1976, el permiso para iniciar la nueva forma de vida que brotaba de la originalidad del carisma de santa Beatriz de Silva, tuvo que soportar una larga espera de cuatro años. Cuando se le autorizó el *experimento* (20 de febrero de 1978), se le advertía que era un privilegio que no podía ser extendido a toda la Orden. No os podéis imaginar el hondo sufrimiento que

¹⁰ *Escrito a sor Ana María Fuertes...*, 55.

¹¹ Hay que saber que la Orden concepcionista le había sido aprobada a santa Beatriz de Silva por el Papa Inocencio VIII el 30 de abril de 1489. Tras la prematura muerte de su Fundadora, en 1492, y por diferentes circunstancias, la nueva Orden pronto comenzó a gravitar en torno a la de los Frailes Menores y en esa situación transcurrieron casi cinco siglos.

¹² *Autobiografía...*, 123.

esta decisión causó en su espíritu. Su convicción más profunda era que la renovación no podía quedar reducida a un pequeño número de monjas al margen de la Orden. Algo se mitigaría este sufrimiento cuando en noviembre de 1985, la CRIS concedía la renovación del *experimento* con el reconocimiento explícito de que podía vivirse dentro de la Orden concepcionista. Pero, no se aquietaría hasta el 8 de septiembre de 1996, día en que el mismo Dicasterio aprobó las enmiendas que Madre Mercedes había realizado a las Constituciones Generales de la Orden de la Inmaculada Concepción, aprobadas el 22 de febrero de 1993. Como he dicho, habían transcurrido treinta largos años en los que ella comprendió vivencialmente que su decisión de “vivir solo de fe con Dios solo”, no podía realizarse sin poner en práctica el anonadamiento más radical: “así, hijas queridas, se llevan a cabo las obras de Dios. Estos son sus cauces: el dolor, el despojo, la incapacidad y anonadamiento más absolutos, porque así puede actuar él según sus designios divinos”¹³.

He simplificado en exceso el lento y esforzado proceso de renovación de la Orden. Pero lo que interesa saber es que, a lo largo de él, ella sólo había anhelado ser fiel a lo que Dios había infundido en su alma. Ese fue su convencimiento, porque esa fue también su experiencia: que solo retornando al origen santo del hombre, manifestado en el privilegio de María Inmaculada, podría volver la humanidad al conocimiento del amor con que Dios la había creado. Esta sería también la misión de la Orden Concepcionista, válida para estos tiempos donde el hombre pretende vivir como si Dios no existiera.

Para comprender adecuadamente la importancia de este proceso en la constitución interior de Madre Mercedes, me interesa destacar tres cuestiones. La primera es la relativa a la *obediencia vocacional*. Es decir, el absoluto convencimiento de que ella se había implicado en ese proceso como respuesta obediente a lo que Dios le pedía y para lo que la había ido preparando con gracias especiales. Esta fue, en el fondo, la única justificación que, de maneras diferentes, formularía Madre Mercedes a lo largo de todo ese recorrido, porque esa era también su única razón: la obediencia al carisma original que ella, por pura gracia, había percibido. Parece sorprendente, en este sentido, su audacia y su libertad espiritual para proponer algo tan importante para toda la Orden desde sí misma y apoyándose sólo en su experiencia personal. Sorprendería si ella hubiese propuesto algo originalmente propio, pero su convencimiento más profundo fue que el deseo de la renovación del carisma no lo había provocado ella, si no que era misión recibida que ella había aceptado, a pesar de todas las adversidades. Esa era su fuerza.

La segunda es el *conflicto interno de fidelidades* que tuvo que dirimir, pues era plenamente consciente de que lo que ella solicitaba implicaba cambiar cosas que anteriormente pasaban por normativas. Para Madre Mercedes el proceso de renovación se presentaba como una alternativa entre la permanencia en la fidelidad a lo transmitido secularmente en la Orden concepcionista franciscana y la fidelidad a la novedad originada como una respuesta obediente a la vocación que ella había recibido. Este debate interior constituye uno de los puntos más dramáticos de su biografía.

La tercera se refiere a la *identidad del carisma*. Para Madre Mercedes supuso una redefinición de la naturaleza de la Orden y de las atribuciones que le eran propias. Esa definición no puede desgajarse de su propio proceso espiritual interior, pues en él está el origen de los rasgos más fundamentales en la configuración del carisma concepcionista. La centralidad tradicional de María Inmaculada se reviste con los caracteres de la santidad original, del despojo como desprendimiento hasta de la propia voluntad y del espíritu redentivo o inmolación de la vida a favor de las criaturas. Justamente, esos son los rasgos con los que Madre Mercedes fue modelada por la gracia de Dios en

¹³ *Ibid.*, 213.

su propia maduración espiritual. Dicho de otra manera, la identidad en ella de persona y misión es una idea fundamental para comprender su vida.

En su determinación de “vivir solo de fe con Dios solo”, fueron conjuntándose definición del carisma y crecimiento espiritual, hasta hacerse una e idéntica cosa, bajo el estímulo de una radical obediencia en la que ella sólo había anhelado ser fiel a lo que Dios había infundido en su alma. En este sentido, hay que decir que, si es importante la aprobación oficial por parte de la Iglesia de la renovación que ella promovió, desde el punto de vista personal más lo fue la configuración que su propio espíritu había adquirido en el transcurso del proceso. Fue su convicción más íntima que, a lo largo de este trayecto, Dios se había ido sirviendo de los distintos acontecimientos para madurarla y conformarla a la imagen con la que fue pensada en su plan amoroso.

Como habéis tenido otra conferencia para exponer lo específico del carisma concepcionista, tan sólo diré que este está profundamente enraizado en su personal vivencia del misterio de la Santísima Trinidad: la familiaridad de su relación con Dios, a quien solía llamar el “papá adorable”; la intensidad de su vinculación con Cristo, quien en su condición de Hijo, constituyó el centro de su espiritualidad; y la disponibilidad absoluta a la acción del Espíritu Santo, para dejarse reconstruir la imagen original con que Dios la pensó. De este hontanar brotó su característica espiritualidad de la santidad primera, cuyo ejemplo más acabado es la propia vivencia de Madre Mercedes.

3.- Dios en su vivencia

¿Cómo lo vivió Madre Mercedes? Voy a intentar resumirlo con el programa que ella misma dejó escrito: “Nuestro mensaje al mundo es vivir, en la medida que es posible a nuestra condición de redimidos, la inocencia original de la Santísima Madre de Dios, prototipo de los redimidos. Nos educamos y cultivamos en las características de la santidad original: equilibrio o dominio sobrenatural de toda la creación por una ascesis continua, asimilándonos al triple espíritu redentor de Jesús: abnegación de Cristo Redentor -obediencia, abnegación, amor a la Cruz-. Cifrar nuestra dicha en la dependencia absoluta y amorosa de Dios Padre, imitando el espíritu de obediencia de Jesús Hijo. Orden en el amor: Primero Dios, amor-entrega; después sus hijos, los hombres –hermanos-, amor-servicio; finalmente la creación toda, pues el amor a la creación es filiación: amor-alabanza”¹⁴.

Este fue su programa de vida y se puede seguir en su realización concreta a través de la correspondencia que mantuvo con su director espiritual, el jesuita José Ramón Bidagor¹⁵. Desarrollarlo sería muy extenso, por eso tan solo voy a dibujar unas pinceledas. Comenzando por lo más exterior.

1ª) Era la primera en cumplir las exigencias de la vida monástica con una fidelidad admirable e incluso con mayor rigor, pues, en su opinión, la abadesa debería preceder en todo a la comunidad. Se levantaba a las 6,10 de la mañana. Seguía a la comunidad en sus rezos hasta las 8; de 8 a 8,30 tenía tiempo libre que ella dedicaba a la práctica del vía crucis llevando la Cruz y aprovechaba para tomar una disciplina. Pero consideraba que esto no era suficiente. Por eso, pedía permiso a su director para tomar otra disciplina a las 6 de la tarde antes de comulgar. Cuando la comunidad se retiraba a descansar, ella todavía permanecía hasta las 12 de la noche trabajando. De 12 a 3 de la madrugada descansaba. A las 3 se tenía el oficio de lectura, tras el cual, hasta la hora de levantarse, ella dormía sobre una cruz de madera, al menos todos los viernes, pero también algún que otro día más. Todavía no satisfecha con este programa, en carta de 24 de noviembre de 1982, le pedía per-

¹⁴ *Programa de renovación de la Orden de la Inmaculada Concepción*, Archivo del Monasterio de Alcázar, Caja 35 f, carp. 1, fasc. 10, p.2

¹⁵ *Correspondencia con su director espiritual P. José Ramón Bidagor, S.I.* Archivo del Monasterio de Alcázar, Caja 34-11, Fasc.. 1: años 1978-1998.

miso a su director para privarse también de las horas de sueño que van desde el oficio de lectura hasta la hora de levantarse.

Ella misma nos da las razones interiores para justificar esta forma de vida tan austera y mortificada: 1ª) “Es cuando mejor me encuentro con Dios y con mis Hermanas, cuando lo vivo, mi capacidad para la convivencia es mayor. Como soy tan ruin lo necesito todo de Dios. Por eso, cuando el Señor ve mi pequeño esfuerzo, Él hace lo demás y todo marcha mejor”¹⁶. 2ª) “Esto lo hago para aquietar, en parte, las ansias que me dejó Jesús después de aquella visión en que me manifestó su espíritu y su amor al Padre”¹⁷. Las ansias que le dejó Jesús no fueron otras que imitar su inmolación, su anonadamiento, su despojo radical. Era otra consecuencia de su decisión de “vivir solo de fe con Dios solo”.

2ª) La segunda pincelada hace referencia a la profunda dimensión penitencial de su existencia. Para ella, cuya consagración pretendía ser un reflejo de la santidad primera, la práctica penitencial constituía una dimensión esencial de su carisma, y en su fiel cumplimiento estaba el camino hacia su santificación. Todo lo hacía “pidiendo al Papaíto querido de mi corazón que me conceda la gracia de vivir cumpliendo siempre su santísima voluntad, de modo que cuando me llame a Sí, al mirarme pueda decir con verdad 'así te quería’”¹⁸. Este era el sentido de sus penitencias y el gran objetivo -casi el único podría decirles-, de su vida: en la medida que con la penitencia derrumbada el viejo edificio del pecado, se disponía para dejarse construir por la gracia de tal manera que cuando llegase el encuentro definitivo con el Padre, pudiera recibir esa alabanza de sus labios “así te quería”.

3ª) Tercera pincelada: Para lograr vivir con “Dios solo”, Madre Mercedes fue desarrollando a lo largo de toda su existencia un hondo sentido del despojo, de la desposesión personal. Era el medio que ella tuvo para vaciarse completamente de sí misma porque sólo entonces podría llenarse totalmente de Dios. Por otro lado, fue también la manera de vivir su participación en la cruz de Cristo y de asociarse de una manera más íntima a su Señor, ejerciendo el espíritu redentivo del carisma concepcionista: entregando su vida a Dios Padre a favor de sus hermanos como lo hizo Jesucristo. Y así lo manifestaba en los pequeños detalles. A cualquier hora, en cualquier ocasión, sus hijas podían acudir a ella, porque siempre estaba allí, atendiendo a la comunidad, velando por la mejora de todas las instalaciones, aportando su inteligencia, intentando hacer del monasterio esa evocación del Paraíso que ella pensaba debería ser el claustro concepcionista.

4ª) Cuarta pincelada: Vivir oculta en Dios. Esta decisión comportó también para ella la autocláusura interior. Quiero decir que jamás manifestó externamente su sufrimiento interior, ni dio señales de desaliento, a pesar de sus dolorosas noches oscuras. La discreción sobre sus procesos interiores fue absoluta. En ellos iban de la mano la mortificación del cuerpo y el vuelo hacia las alturas del alma; los momentos de plenitud y las etapas de aridez y sequedad. El Tabor y el Calvario. Es el sorprendente contraste de su intimidad espiritual. Junto al crecimiento, al gozo, al deleite y al arrebató místico, se dan frecuentes etapas de oscuridad muy fuertes. Es el claroscuro de la fe cuando se vive radicalmente solo de fe con Dios solo. “¡Solo Dios!, ¡Solo Dios!” Ese fue su lema. Y todo ello, en silencio y con una sonrisa; como queriendo pasar desapercibida. Nunca pretendió privilegios, ni los tuvo como abadesa. Pero, claro, el amor, el bien, la belleza no pueden quedar ocultos. Se difunden por sí mismos y necesariamente, como un frasco de perfume que se vierte y no puede evitar esparcir su aroma. Y así fue percibido por quienes con ella convivían: “El grado heroico de la

¹⁶ *Ibid.*, carta (15-1-1983)

¹⁷ *Caja 35 h, fasc. 2. Escritos de conciencia dirigidos a don Antonio Lizcano (10, mayo, 1975), pp. 97-99.*

¹⁸ *Ibid*

fe, la mansedumbre, la constancia; la docilidad a la Iglesia en grado heroico también. Un deseo de perfección tremendo, un amor inmenso hacia Jesucristo.”¹⁹.

5ª) Quinta pincelada: transparencia absoluta ante Dios. Que Madre Mercedes vivió toda su existencia de cara a su Dios adorable no es sólo la idea fundamental que se desprende de sus escritos, sino que también es el testimonio unánime de quienes convivieron con ella. Así, por ejemplo, lo confirma quien mejor podía conocerla porque estuvo a su lado durante casi toda su vida de monja: “Madre Mercedes, para mantener su vida espiritual aún de pequeña, joven, novicia y profesa simple y solemne, se distinguía por su piedad recia, buscaba a Dios en lo más humilde y costoso, dándose sin reservas, practicando una intensa vida interior en obras y pocas palabras; hablaba poco, lo necesario, y sabía lo que decía y quería”²⁰. Es la transparencia propia de quien sabe que ni con Dios ni con la propia existencia se debe jugar al escondite, como Adán en el Paraíso, tras el pecado. Y máxime cuando toda su vida estuvo presidida por esa firme voluntad de “vivir solo de fe con Dios solo”. Permitidme una confesión personal: a medida que me fui adentrando en sus escritos fue haciéndose en mí de un modo cada vez más evidente esta idea: que la vida de Madre Mercedes, al menos, la vivieron dos personas: ella y su Dios adorable; y, en la medida que Dios se fue adentrando en ella, Madre Mercedes se iba haciendo más criatura suya, y al hacerse más obra de Dios también se fue capacitando para amar como Él ama, para acoger a sus hijos, para abrirse a sus hermanos.

6ª) Sexta pincelada: Lo cual me permite aludir a una sexta pincelada: Su dimensión apostólica brotó de esta honda raigambre en su Dios. Este fue el sentido que ella dio a su entrega de amor inmolado para poner en práctica el espíritu redentivo de la Orden; al carácter redentivo que había descubierto con alegría que lo que verdaderamente redime es el amor cuando se hace perdón. Esto se percibía especialmente en el trato con todos. Por eso, la clausura no podía contener ni encerrar lo que de esa raíz emanaba. La actividad, la oración que vela el sueño de los hombres; el silencio que hace reposar las cosas; el sacrificio, la generosidad y el desprendimiento; el despojo redentivo, volcado a favor de la humanidad entera y particularizado en esa red de detalles que entreteje la vida cotidiana.

Conclusión

Madre Mercedes no fue tanto ella, es decir, no se pensó tanto desde su proyecto personal cuanto desde la criatura que Dios le pedía ser; toda su vida fue, precisamente, descubrir y secundar el designio divino que Dios tenía para ella, al servicio del cual tuvo que ir, como su Señor, despojándose de su propia voluntad, para asumir únicamente la voluntad del Padre: “¡Oh entrañable Dios mío! ¡Quiero vivir desprendida de todo como Tú! Solo deseo lo que tú deseas para mí; solo quiero amar lo que tú amas, solo quiero ser tan santa como tú quieras que sea, ni más ni menos, sino como tú me has pensado. Por eso espero que marques tú siempre mi camino y hagas de mí todo lo que quieras. Quiero vivir despojada de mi voluntad en vida y en muerte. No te pido más que el deseo que tú me das: vivir como tú me quieres”²¹.

Este afán de vivir como Dios la quería, hizo posible que la aparente limitación de un claustro, fuese, sin embargo, una ventana abierta al mundo por donde entraban los ecos de las necesidades humanas y salían las respuestas generosas, ideadas por una humilde monja que intentaba ofrecer lo que se había constituido en el único fin de su vida: posibilitar a todos el conocimiento de su Dios adorable. En la clausura, en su ocultamiento, brilló como una luz de penitencia y caridad, co-

¹⁹ Testimonio de sor María Dolores Alhambra.

²⁰ Testimonio de sor Ana María Fuertes

²¹ Archivo del monasterio de Alcázar, *Caja 35 f, carp.1, fasc.1: Examen de mi parecido con Cristo*, p. 78.

mo manantial de caridad que se vierte abrazando las necesidades humanas; como penitencia intercesora que purifica la herida de la creación para suscitar en ella los deseos de retornar al Padre.

Espero que, al menos, haya quedado clara esta idea en esta ya larga conferencia: que su pretensión más profunda fue la de vivir con radicalidad de cara a Dios, eliminando todo aquello que pudiera interponerse en ese diálogo personalísimo entre Creador y criatura, porque sería la enseñanza más verdadera que pudo transmitir a todo aquél que entró en contacto con ella, y porque esa fue también la misión que, según Madre Mercedes, la comunidad monástica tenía respecto al mundo. Había un continuo trasvase entre clausura y ciudad. Vosotros sois testigos de cómo al monasterio llegaba la corriente de anhelos, frustraciones, tristezas y esperanzas de los hombres; de allí salía orientación, sentido, intercesión, ternura, humanidad y evocación de la santidad originaria. En el pensamiento de Madre Mercedes, el monasterio era como esa ciudad puesta en lo alto de un monte, el Monte santo de la Concepción. ¡Ojala que lo siga siendo para vuestro pueblo y para la Iglesia!